

Editorial

El pediatra: médico de cabecera de niños y adolescentes

La República Argentina ha tenido el privilegio, como pocas naciones, de poseer un desarrollo trascendente en el campo de la pediatría.

Algunos hospitales pediátricos son centenarios, y una larga lista de eminentes pediatras en todo el país ha desarrollado una medicina infantil de excelencia.

Nuestros maestros nos han marcado intensamente y su proyección ha atravesado las fronteras.

Junto a aquellas grandes e inolvidables personas, hubo y hay miles de pediatras que trabajan día a día en el primer nivel de atención con un compromiso que supera ampliamente sus propias posibilidades.

Tenemos que decir que los grandes déficit sanitarios del país no son solamente responsabilidad de los médicos, sino de un sistema injusto que no ha podido brindar una asistencia sanitaria organizada e igualitaria.

Si bien es muy necesaria una reforma del sector salud para mejorar la eficiencia y sobre todo la equidad, no es lógico que esto se haga desconociendo que el recurso humano más capacitado para la atención primaria del niño, primordial y no precaria, es el pediatra. Ninguna reforma puede mejorar la situación actual si no se reconoce la realidad.

El médico pediatra es indudablemente el médico de cabecera de niños y adolescentes y está incluido fuertemente en el subconciencia colectivo nacional.

La pregunta sobre quién tiene que atender a un niño o un adolescente tiene una sola respuesta a cualquier nivel de población que la inquiriera. Pareciera que en épocas de confusión debiera

resaltarse lo obvio. Además de ese compromiso cotidiano, desde los centros de salud y acción comunitaria, fronteras con la desesperación y la pobreza, hasta los grandes centros de mayor complejidad atiborrados de demandas, los pediatras tenemos una educación continua, desde las residencias, concurrencias, congresos, cursos a distancia y certificación.

Existen médicos pediatras en toda la República y con capacidad de atender a niños de zonas urbanizadas y suburbanizadas, en donde vive más del 85% de la población.

En aquellos lugares más apartados estamos en condiciones de ofrecer todo nuestro esfuerzo para brindar nuestro apoyo para una adecuada formación médica en un mejor primer nivel de atención.

Pero como el campo de la salud ha sido tierra devastada durante décadas, hay que estar muy atentos para que los futuros planes y estrategias, necesarios e imprescindibles, estén asociados a las propias esencias y tradiciones de nuestro pueblo.

En los cambios producidos en otras áreas, se han impuesto esquemas importados que, en última instancia, beneficiaron sólo a pocos.

La SAP mantiene, con criterios de realidad, que el pediatra es el médico de cabecera en el primer nivel de atención.

¿Por qué quitarles a los niños –que son los que más han sufrido el subdesarrollo, la mortalidad, la desnutrición y la exclusión– un bien que vienen recibiendo?

¿Por qué desconocer la nueva Convención y no afirmar en forma permanente el respeto a los Derechos del Niño y del Adolescente? También estamos dispuestos a transformarnos en relación a los tiempos, respondiendo a la de-

manda masiva, pero defendiendo la singularidad y la relación médico-paciente. Dando respuesta uniforme a los problemas que hoy hemos englobado como prevalentes y con un sentido de prevención y promoción de la salud. Los pediatras hemos acompañado y conocemos profundamente el crecimiento de un niño y su familia.

Acompañamos el crecimiento y el desarrollo de un individuo en salud cuidando su proceso de humanización. Hacemos prevención de la enfermedad. Compartimos las crisis familiares, personales y sociales. Sabemos escuchar y comprender a los niños. Decodificamos sus mensajes. Sabemos el significado de un llanto, de una sonrisa y de las manos confiadas de sus padres.

Dr. Emilio Boggiano

EL MUNDO DE PARMÉNIDES

Karl Popper (1902-1994) dejó este mundo tras haberlo habitado largamente y haber meditado, también largamente, sobre él. El último libro que nos legó remite a los orígenes de una actitud en la que se acoplan los ideales democráticos y los científicos.

No podía ser de otro modo en un filósofo que aconsejó *“renunciar al sueño de la posesión de la verdad pero no al ideal de su búsqueda”*.

SANTIAGO KOVADLOFF